
RELACIONES ENTRE LA UNIÓN EUROPEA Y AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: DESAFÍOS, OPORTUNIDADES Y PROYECCIONES EN SEGURIDAD ALIMENTARIA

- SEGURIDAD ALIMENTARIA EN PERSPECTIVA
GEOPOLÍTICA: PASADO, PRESENTE Y DESAFÍOS DE
LAS «GUERRAS DE GRANEROS»

María del Pilar Ostos

- (IN) SEGURIDAD ALIMENTARIA: RESPUESTAS DEL
MERCOSUR EN UN CONTEXTO DE MAYOR DEMANDA
GLOBAL

Sergio M. Cesarin

- UNIÓN EUROPEA Y AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE:
PROYECCIONES EN SEGURIDAD ALIMENTARIA PARA
LAS RELACIONES BIRREGIONALES

Ignacio Bartesaghi

María del Pilar Ostos

*Instituto de Investigaciones Estratégicas
de la Armada de México (ININVESTAM)*

1. Introducción

Repensar la seguridad alimentaria desde una perspectiva geopolítica en pleno siglo XXI, implica un «viaje de retorno» a lo básico e indispensable, al hallazgo más estratégico para la sobrevivencia de la raza humana: el alimento. Así, la labor y el ingenio para producir alimentos de manera individual o colectiva, por medios tradicionales como la agricultura, o a niveles industriales y de laboratorio como los actuales, sigue siendo una de las principales motivaciones para la humanidad, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra.

En ese sentido, acontecimientos recientes como la expansión de la amenaza pandémica de la COVID-19, los cambios constantes a nivel medioambiental y actos de guerra como los que se presentan entre la Federación Rusa y Ucrania, entre otros, transcurren en medio de los desafíos globales que conlleva atender la seguridad alimentaria, es decir, garantizar la ingesta necesaria o suficiente de alimentos nutritivos y vitales como parte fundamental de la sobrevivencia humana.

Es por ello que los análisis geopolíticos adquieren una relevancia notable para explicar los límites y los alcances de la seguridad alimentaria en los tiempos actuales, lo que implica establecer una mirada retrospectiva, con el propósito de apreciar las constantes histórico-políticas y económico-sociales, además de militares, que definen a los distintos modelos geopolíticos en los que persisten las disputas por el control de recursos estratégicos, concretamente en ámbitos geográficos dedicados a la producción de alimentos, minerales, agua, energía y todo aquello que se vuelva motivo de disputa, génesis de un conflicto en cualquier parte del mundo.

Así, la confrontación militar entre Rusia y Ucrania se convierte en un conflicto por el control de los recursos estratégicos, al tiempo que comporta un *parteguas* que polariza al orden internacional, alimentando las rivalidades entre bloques de estados como es el caso de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que encabezan Estados Unidos y la Unión Europea. Lo mismo sucede con la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), que lideran Rusia y China, y con el mecanismo de los BRICS, integrado por

La confrontación militar entre Rusia y Ucrania se convierte en un conflicto por el control de los recursos estratégicos, al tiempo que comporta un parteaguas que polariza al orden internacional, alimentando las rivalidades entre bloques de estados.

Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, que recientemente ha aprobado la incorporación de nuevos integrantes (Patiño, 2022:165). A estos se suman otros actores como organismos internacionales, instituciones bancarias y hasta ejércitos de mercenarios, como fue el caso del Grupo Wagner, quienes asumen una posición, a favor o en contra, en medio de este clima de inestabilidad que trasciende del ámbito geopolítico euroasiático.

Por consiguiente, la inestabilidad en el corazón de Eurasia a partir de las tensiones entre Rusia y Ucrania, sugiere profundizar en otras aristas del conflicto, particularmente en las disputas por recursos estratégicos, lo que permite suponer que esta sea una *guerra de graneros*, al centrar su importancia en el valor geoestratégico de las tierras productivas, pero que también adquieren relevancia en términos de ubicación, posición, productividad y desarrollo, entre otras ventajas comparativas.

En ese sentido, la pregunta clave en el ámbito de la geopolítica es: ¿qué hay en el territorio de Ucrania que motive la confrontación entre Rusia y la Unión Europea, cada uno con sus aliados? En principio, el territorio conforma un genuino espacio en desarrollo, con tierras que producen importantes recursos (alimenticios, mineros, energéticos e hídricos, entre otros) y que convierten a Ucrania, el «granero de Europa». Entre tanto, Rusia parece aceptar «la profunda militarización de su sociedad y la interminable búsqueda de su seguridad mediante la creación de un imperio territorial» (Kaplan, 2015: 233) A través de su constante expansión y reacomodo de su *espacio vital* mediante la ampliación de sus fronteras, pretende a toda costa y por todos los medios recuperar lo que los teóricos geopolíticos rusos llaman su *cercano extranjero* (González, 2012 :136). Eso significa que Rusia avanza en su estrategia de reconquista de los territorios de la órbita soviética por distintas vías, ya sea mediante la persuasión y el convencimiento, en el caso de Bielorrusia, o la agresión directa, como se observa en el caso de Ucrania.

Finalmente, la reflexión geopolítica entorno a este prototipo de guerras de graneros que nos plantean las tensiones ruso-ucranianas, pone de manifiesto la importancia de otras panregiones agrícolas en el mundo. Este apelativo lo utilizó el alemán Karl Haushofer al referirse a distintas regiones en las que se dividía el mundo y que, a su vez, se convertían en una especie de «teatros de operaciones», recurriendo al lenguaje militar (Portillo, 2004). Esta situación se avizora en estos momentos para América Latina, convertida en esa huerta y granero de alimentos para el mundo, en medio del derrotero que plantea la seguridad alimentaria en el siglo XXI.

2. Contexto histórico de la guerra de graneros

Para profundizar en las primeras *guerras de graneros* a lo largo de la historia, se puede situar un punto de partida durante la expansión del Imperio romano con Julio César, primero, y Marco Antonio, después, en pleno auge del reinado de Cleopatra. Ello contribuyó a posicionar a Egipto como «la gran despensa de cereales» para el Imperio romano, fruto en gran medida del auge de la producción del trigo que se expandió a otras latitudes como los territorios del norte de África, Sicilia e Hispania. Al tiempo, se estableció una logística para la distribución del cereal mediante el trazado de nuevos caminos y más rutas, terrestres y marítimas, que confluían en Roma, el centro del poder imperial. Un símil que en la actualidad

impulsa la dirigencia política de China a través de su Iniciativa de la Franja y la Ruta, que consiste en esa coincidencia de caminos que confluyen en dirección al centro de poder en Pekín (Frankopan, 2020).

Más allá del Mediterráneo, en la Edad Media, los viajes relatados por Marco Polo se convirtieron en esa manera de expandir el intercambio de los alimentos entre Europa y el Extremo Oriente, caracterizado por lugares envueltos en aires de leyenda de donde procedían la seda, la porcelana y las especias, comercializadas por los mercaderes árabes y musulmanes, diestros en el diseño de rutas. Esto permitió el intercambio de especias como la canela, la pimienta, la sal, la cúrcuma, la mostaza, el clavo de olor, entre otras, que cambiarían la manera de sazonar y conservar los alimentos, más allá del perímetro que cubría esa «gran isla» o macizo continental denominado *Eurasia*, que el geopolítico británico Halford Mackinder denominó como la Tierra Corazón (*Heartland*) (Mackinder, 2010: 312).

En China, por su parte, entre los años 1421 a 1433, etapa previa a los viajes de Cristóbal Colón y otros europeos a tierras del Nuevo Mundo, la dinastía Ming se dio a la tarea de explorar alternativas para atender las demandas de cereal en medio de la escasez y las posibilidades de un periodo de hambruna entre su población. Para ello, la dirigencia China formuló algunas estrategias para el abasto de alimentos, comenzando por el despliegue naval y diplomático de la Gran Flota del Tesoro, a cargo del almirante Zheng He, que intensificó el comercio y la influencia de China en materia de alimentos y botánica en Asia, la India, África y Oriente Próximo.

Los barcos chinos llevaban una rica variedad de flora (semillas de arroz, soja, mijo, trigo, mandarinas, limas, limones, naranjas, pomelos y cocos, entre otras) que pretendían plantar en tierras extranjeras, en parte como un beneficio al sistema tributario y también como una manera de brindar alimento a cada territorio al que arribaba la Gran Flota del Tesoro. Asimismo, se sabe que las embarcaciones llevaban perros a bordo, algunos como animales de compañía, otros como alimento y otros para cazar ratas, al tiempo que existían gallineros llenos de pollos asiáticos, que se transportaban como valiosos presentes para los dignatarios extranjeros, junto a otros productos emblemáticos del suelo chino (Menzis, 2025: 70, 96-97).

Los chinos afianzaron sus habilidades navales diseñando su modelo de *collar de perlas*, es decir, su recorrido a través de enclaves por todo el Indo-Pacífico, pero su ocaso naval llegaría en 1433, clausurando sus naves y optando por un amurallamiento antes de volver a surcar los mares del mundo como en el presente.

Por entonces, hacia 1492 y guiado por la impronta de los viajes de Marco Polo, el almirante Cristóbal Colón se inspiró para continuar la ruta de las especias y de los metales preciosos a partir de su propia utopía transoceánica (Queralt del Hierro, 2014). En ese momento, la técnica marinera y las embarcaciones portuguesas (carabelas), aunadas al recurso financiero judío, sirvieron para concretar el inicio de las labores de la llamada Compañía de la Indias Orientales, empeñada en localizar las fuentes del oro en las tierras de Ofir y avistar las tierras de las especias en las indias orientales.

Las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo conforman, hasta nuestros días, ese suelo fértil y el humus que, con sus nutrientes, favorece la siembra y, con ello, la producción de extensas áreas de tierra que, con el correr de los tiempos se integran para convertirse en una *panregión* agrícola de destino.

El resultado de la odisea del almirante Colón no se concretó en las tierras de Ofir, sino en las islas del mar Caribe, donde el oro colgaba de las narices y las orejas de los nativos. Su fallido avistamiento de la tierra de las especias, en el continente-isla con el que se toparon Colón y su tripulación, los acercó a otras posibilidades de «negocio» de los alimentos, en este caso a la producción en las *huertas* dedicadas al cultivo de tubérculos, comenzando por la patata, la yuca, el ñame, hortalizas como la calabaza y las lechugas, el tomate, el cacao, el chile (ají) y la vainilla (Ha-Joon Chang, 2023: 193).

Estas posibilidades se ampliaron con el registro de granos de maíz, el frijol y, en ese intercambio de culturas y sabores, el trigo hace su aparición en América, al que se sumaron la cebada y el grano de café de origen arábigo, mientras que, en las regiones de llanuras y pastizales, arribaron en estos primeros viajes los cerdos y las reses traídas desde la península Ibérica. De igual manera, los *jardines tropicales* se fueron surtiendo del plátano, que cruzará la India y África, como alimento prodigioso de los esclavos africanos que vendrán a América para la explotación de las minas de oro y plata. Asimismo, llegó la caña de azúcar desde la India y con ello, el florecimiento de los ingenios azucareros en todo el continente.

Por consiguiente, las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo conforman, hasta nuestros días, ese suelo fértil y el humus que, con sus nutrientes, favorece la siembra y, con ello, la producción de extensas áreas de tierra que, con el correr de los tiempos se integran para convertirse en una *panregión agrícola* de destino. Ya no se trata solo del Viejo Mundo, se ha abierto a otros competidores que hacen de América Latina un posible «teatro de operaciones» en el futuro, como parte de las *guerras de graneros* que tienen como constante asegurar los carbohidratos, las proteínas y los nutrientes necesarios para garantizar la continuidad de los grupos humanos que habitan los diferentes territorios en diversos continentes.

3. Rusia y Ucrania, una guerra de graneros en el siglo XXI

Retomando la cuestión de las confrontaciones por territorio y, particularmente, la explicación del conflicto entre Rusia y Ucrania bajo la perspectiva de una *guerra de graneros*, en medio de la (in)seguridad alimentaria, la situación de Ucrania nos permite dimensionar la importancia de formar parte del Cinturón de Tierras Negras o Chernozem. Este consiste en un tipo de suelo abundante en humus y carbono, lo que permite la retención de agua y nutrientes, favoreciendo la productividad de las áreas de cultivo a lo largo de las estaciones del año. Esta noción de cinturones de tierras fértiles se encuentra presente en distintas partes del mundo, lo que convierte a dichas áreas territoriales en conflictos potenciales. Se ubican en las grandes praderas del medio oeste de Estados Unidos, las pampas argentinas con sus «tierras castañas», además de Rusia, Kazajistán, China, Mongolia o México, entre otros.

De ahí que, las motivaciones de una *guerra de graneros* en Ucrania se atribuyen al 68% de las tierras negras que posee, que la convierten en una potencia agrícola como se manifiesta, incluso, en la explicación sobre los colores de su bandera: el amarillo que representa el trigo dora-

do producido en sus campos fértiles cobijados por el azul del cielo. Esto la coloca en el punto de mira de las corporaciones dedicadas al negocio de los agroalimentos a escala global.

Así, la presencia de las transnacionales de origen estadounidense como Monsanto, dedicada a surtir en un 40% la demanda de semillas utilizadas en las áreas de cultivo en Ucrania, seguida de la empresa de cereales Cargill, con plantas procesadoras de trigo y oleaginosas, con sus terminales de exportación con embarcaciones en las áreas portuarias del mar Negro, se convierten, tras el inicio de la guerra, en objetivos militares de las tropas rusas, como parte del conjunto de los actores vinculados a este conflicto guiado por los intereses agrícolas (Ostos, 2022: 20).

A esta lucha de gigantes involucrados en el predominio sobre el sector agroalimentario, se suma la presencia de China, que apuesta desde hace años por la compra y arrendamiento de tierras fértiles en todo el mundo como parte de su «Estrategia de Autosuficiencia Alimentaria», establecida ya en su Libro Blanco de 1996. En ese sentido, el principal asunto a subsanar por parte de China se vincula con el margen reducido del 8% de tierras cultivables en su territorio, seguido del 6,5% del agua destinada a la labor agrícola; condiciones que, a la postre, limitan sus capacidades para suplir la demanda de alimentos de su población, superior a los 1.400 millones de habitantes, cifra que representa cerca del 21% de la población mundial (Ostos, 2022: 20).

De esta manera, la estrategia de negocios de China (desarrollada a partir de 2010 y hasta fechas recientes), enfocada a la adquisición de tierras fértiles y a la compra de alimentos alrededor del mundo, aunada al aumento de su clase media y al incremento de su poder adquisitivo, modificaron también la ingesta de alimentos de este segmento de la población. Dicho cambio se observó en un mayor consumo de proteínas, alimentos cárnicos, cítricos, procesados y hasta de licores, algo que motivó la compra, por parte de China, en 2013, de tres millones de hectáreas (29.000 km²) de tierras de cultivo (casi el tamaño de Bélgica) en la región ucraniana de Dnipropetrovsk. Esta extensión representa un total del 9% de las tierras cultivables de ese país, destinadas, en este caso, a la instalación de granjas que satisfagan la demanda de cereales y ganado que el gigante asiático requiere para su propia subsistencia

Esto confirma los nuevos desafíos en materia de seguridad alimentaria que derivan de este tipo de *guerras de graneros*. Concretamente, en el conflicto Rusia-Ucrania, participan, además, Estados Unidos y China a través de sus «corporaciones agroindustriales», lo que exacerba la competencia por el predominio en los mercados y los circuitos dedicados a la distribución de los alimentos a escala planetaria.

4. El control de las panregiones agrícolas: desafíos para la seguridad alimentaria

A partir de lo anterior, la dinámica global que plantean los principales competidores del sector de la agroindustria conlleva una señal de alerta para otras *panregiones agrícolas*, en este caso América Latina, al poseer el 16% de las tierras cultivables del planeta y el 33% de las tierras favorables para la actividad agrícola (CEPAL, 2023, 22). Dichas cifras la convierten, como en el

Las motivaciones de una *guerra de graneros* en Ucrania se atribuyen al 68% de las tierras negras que posee, que la convierten en una potencia agrícola.

En el conflicto Rusia-Ucrania, participan, además, Estados Unidos y China a través de sus «corporaciones agroindustriales», lo que exacerba la competencia por el predominio en los mercados y los circuitos dedicados a la distribución de los alimentos.

pasado colonial, en esa huerta o jardín tropical que observan con atención las actuales *corporatocracias* dedicadas al tema de los alimentos.

Siguiendo este mismo planteamiento, destacan en América Latina, dos potencias alimenticias: Brasil y Argentina. En el caso de Brasil, las ventajas de su producción de soja y azúcar tienen, como destino principal, la demanda de los consumidores chinos de este tipo de productos. Entre tanto, Argentina contribuye con la venta de su producción de soja, otros cereales y productos cárnicos a China, mediante el arrendamiento o la adquisición que adelanta China en aquellos suelos estratégicos característicos de las pampas.

De acuerdo con lo antes señalado, aunque pareciera una cuestión enmarcada en la lógica de la oferta y la demanda de alimentos que se realiza entre los países como parte de los acuerdos comerciales globales. En la coyuntura actual, que se acentúa con la crisis agroalimentaria global, el desbalance de los precios en los alimentos es consecuencia, no sólo de la actual confrontación bélica entre la Federación Rusa y Ucrania, sino que se deriva de más de tres años de recesión económica propiciada por la pandemia de la COVID-19, seguida de la pérdida de empleos, el abandono de las labores del campo en algunos lugares y el estancamiento de las cadenas productivas, sin soslayar los efectos del cambio climático. Todas estas cuestiones sumadas se convierten en el fuerte coletazo que enfrentamos en estos momentos como *sociedad global*.

Así, y frente a esta realidad, la contundencia de la guerra y, en concreto, el bloqueo de las comunicaciones y los continuos bombardeos que realiza Rusia a las infraestructuras críticas (entre ellas, las presas dedicadas al riego de cultivos agrícolas, al igual que a los principales puertos de Ucrania), aunado a las represalias por parte de los países occidentales que se han sumado al veto de los productos y suministros procedentes de los países inmersos en esta situación de guerra, está generando un efecto bumerán en toda la cadena de suministros que se emplean para garantizar la seguridad alimentaria a nivel mundial.

De ahí que nos preguntemos qué efectos tiene para América Latina la *guerra de graneros* ruso-ucraniana. Una repercusión fundamental corresponde a la preocupación de los agricultores latinoamericanos, quienes, en medio de este fuego cruzado, se enfrentan a un posible desabastecimiento de fertilizantes provenientes tanto de Rusia como de Ucrania, generando un ambiente de incertidumbre a corto y medio plazo para cubrir la demanda de abonos utilizados en la actividad agrícola que caracteriza a varios países de la región. Brasil es uno de los más vulnerables en esta coyuntura, ya que comercializa con Rusia cerca del 80% del suministro que requiere en materia de fertilizantes.

Por otra parte, países como Haití o los que integran el Triángulo Norte de Centroamérica (Guatemala, El Salvador, Honduras), entre otros, cuyas capacidades agrícolas son limitadas, ya sea por falta de suelos productivos, sequías continuas, violencia rural y desplazamiento forzado, erosión de las tierras cultivables, falta de fuentes hídricas, etc., se ven obligados a importar la mayoría de sus alimentos. Estos se cotizan en estos momentos a precios que van al alza, en parte por la guerra en Ucrania, pero también por el rezaigo inflacionario acumulado desde la expansión mundial de la COVID-19, que desaceleró las economías del mundo de una manera drástica.

Esto hace que, en estos momentos, el mapa geográfico de la crisis alimentaria en países de la América Latina y el Caribe presente focos de población subalimentada. Ello nos sitúa frente a un contexto de mayores desigualdades en relación al acceso a los alimentos básicos, pero también frente a posibles escenarios de mayor tensión de carácter socioeconómico, a consecuencia del incremento en productos destinados a la actividad agrícola como son semillas y fertilizantes, junto al aumento de los precios de las gasolinas y, por ende, de las tarifas de los transportes. En definitiva, estas circunstancias alteran el ánimo social y con ello, decrecen las perspectivas de futuro en toda la panregión agrícola latinoamericana.

5. Reflexiones finales

Este recorrido por las primeras *guerras de graneros* hasta la actualidad, a lo largo de esta especie de geohistoria de los alimentos, permite degustar la ambrosía, pero también el amargo sabor de los conflictos que corresponden al dilema humano de la sobrevivencia o el predominio. Una cuestión que, como expresó Napoleón Bonaparte, hace que «los ejércitos marchen sobre sus estómagos», es decir, que las guerras por alimentos se conviertan en la continuación de la política o, viceversa, la política sea la continuación de la guerra por distintos medios.

En este sentido, la mirada geopolítica que surge del análisis en retrospectiva a través del continuo histórico de las *guerras de graneros* permite detallar el fondo del problema, la cuestión sustantiva que convierte al territorio en un factor decisivo de poder. Como en el pasado y hasta la actualidad, la génesis de los conflictos a partir de estrategias de ocupación, expansión y dominio sobre aquellos suelos o espacios geográficos con valor geoestratégico, como en el caso de Rusia y Ucrania, conlleva el involucramiento de otros actores en el marco de estas rivalidades, en este caso de las *corporatocracias* de la agroindustria y la producción de alimentos a escala planetaria.

Se trata de una coyuntura que hace más compleja la solución a este prototipo de *guerra de graneros*, si se quiere moderna, pero que persiste como en el pasado imperial de Roma sobre Egipto, pasando por la relevancia de la Ruta de la Seda, hoy en día terrestre y marítima, liderada por China, al proponer que todos los caminos se dirijan hacia Pekín. El encuentro que facilitó Colón, al acercar a Europa con América Latina y el Caribe a partir de un intercambio de alimentos y especies sin precedentes, potencia desde entonces el dominio sobre las tierras fértiles aptas para la agricultura y la ganadería, pero también la minería y la extracción de hidrocarburos.

Finalmente, encontramos los desafíos que presenta el modelo geopolítico de las *panregiones agrícolas*, el cual consiste en ese rediseño del mapa del mundo, establecido por los principales competidores involucrados en el terreno de la seguridad alimentaria, que coincide con el auge de las *corporatocracias* de los alimentos y el reacomodo de los mercados y las rutas para la comercialización de alimentos estratégicos y de insumos agrícolas, destacando el rubro de los fertilizantes. La coyuntura puede ser oportunidad o desafío para una América Latina, cuya historia también forma parte del devenir de las *guerras de graneros* en el siglo XXI.

El desbalance de los precios en los alimentos es consecuencia, no sólo de la actual confrontación bélica entre la Federación Rusa y Ucrania, sino que se deriva de más de tres años de recesión económica propiciada por la pandemia de la COVID-19.

Referencias bibliográficas

Chang, Ha-Joon (2023). *Economía comestible*. Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2023). *Panorama de los recursos naturales en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile.

Frankopan, P. (2020). *Las Nuevas Rutas de la Seda. Presente y Futuro del Mundo*. Editorial Crítica, México.

González, E. (2012). «La larga tradición geopolítica rusa. La evolución de sus escuelas, desde el imperio zarista hasta la conformación de la Federación Rusa». En: *Fundamentos de Geopolítica. Visión y análisis*. CESNAV-UNAM, México.

Queralt del Hierro, M. P. (2014). *Atlas ilustrado de Cristóbal Colón*. Susaeta, Barcelona.

Kaplan, R. (2017). *La Venganza de la Geografía. La geografía marca el destino de las naciones*. Editorial RBA Libros S. A., Barcelona.

Kissinger, H. (2019). *China*. Editorial Debolsillo, México.

Mackinder, H. (2010). «Geopolítica(s)». En: *Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

Menzis, G. (2015). *1421, el año en que China descubrió el mundo*. Penguin Random House Grupo Editorial, México.

Patiño Villa, C. A. (2022). *Guerra en Ucrania. Origen, contexto y repercusiones de una guerra estratégica de impacto global*. Penguin Random House Grupo Editorial, Bogotá.

Portillo, Alfredo (2004) «Una aproximación a las visiones geopolíticas globales». En *Revista Geográfica Venezolana*, Vol. 45 (2), 289-295

Ostos, M. P. (2022). «La crisis agroalimentaria mundial en China y Latinoamérica». En: *Revista Foreign Affairs Latinoamérica*. Octubre-diciembre. ITAM, México.